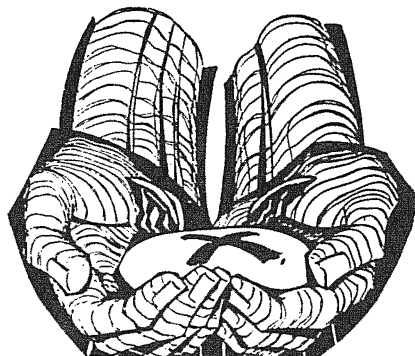


AL DIOS DE MI APOSTOLADO

Karl Rahner



Tú, Padre, eres el Dios de la gracia gratuita. Te apiadas de quien quieres, cuando y donde te place. Si es una clemencia gratuita el que tú llames a los hombres a tu propia vida, comprendo bien que esta vocación no es un obsequio que se le da al hombre, a una con la existencia, sino que el hombre solamente podrá encontrarte donde quieras dejarte hallar. Y también, como testimonio de que tu salvación es un don gratuito de la gracia, veo que el camino de la salvación que va hasta tu infinitud ubicua, deberá hacer un "rodeo" para pasar junto a aquel determinado hombre nacido en Palestina en tiempos del César Augusto y que murió bajo Poncio Pilato. Es el "rodeo" pasando junto a tu Hijo que se volvió hombre. En su "aquí y ahora", no en el siempre y dondequiera del espíritu versátil, tu gracia se nos hizo participación nuestra. Tu Santo Espíritu sopla donde quiere, donde él quiere, no donde yo quiero. El no está simplemente siempre allí donde algún hombre quiere tenerlo.

Debemos ir allí donde quiera darnos su gracia. Por eso tu salvación está ligada a tu Iglesia visible. Por eso nos viene tu gracia mediante signos visibles. Señor, lo sé bastante bien. Y me agrada esta característica de tu gracia. Me consuela saber que yo puedo acercarme a ti no solamente en el "espíritu" -el espíritu puro del que hablan los filósofos cuando comienzan a fundar religiones; ése siempre me ha parecido un espectro- sino en el signo visible del agua bautismal, en la palabra del perdón del sacerdote, en el pan santo de los altares llego a conocer tu poder y tu presencia en mi vida. Por lo que a mí to-

ca, no deseo ninguna religión de espíritu puro y de interioridad absoluta. En el fondo no sería otra cosa que la religión de lo puramente humano, en la cual solamente se percibe el propio espíritu y la pobre interioridad propia, solamente a uno mismo en lugar de tu palabra libre, la cual nos revela más de ti que lo que tu dedo pudiera escribir en las reducidas páginas de tu creación.

Pero, Dios mío, mediante este ser de tu veneración algo ha entrado en mi vida, algo que a veces se hace muy pesado en mi alma. Me hiciste sacerdote tuyo, y así me elegiste como señal terrena de tu gracia para otros. En mis manos pusiste tu gracia y en mi boca tu verdad. No me sorprende que los hombres te reconozcan cuando tú les sales al encuentro en tu Hijo encarnado, en la pura agua bautismal, en la silenciosa forma del pan, en la palabra de la Escritura, repleta de sencillez y hondura divina. Pero, que tú incluso quieras venir por medio de mi persona a los corazones humanos que son propiedad tuya, Dios mío, ¿cómo pueden reconocerte así los hombres, a ti en mí? Sí, tú, eterno peregrino en tu mundo, hasta me entregaste las demás contraseñas del amor, mediante las cuales quieres saludar a los hombres en sus caminos: tu palabra, tu verdad, tu sacramento. Ahora estas cosas únicamente podrán dar con el camino que conduce al más recóndito secreto de las almas libres, si éstas me reciben también a mí, si me toman como soy.

¿Pueden, acaso, los hombres reconocerte en mí, o al menos pueden comprender que tú me has enviado como el mensajero de tu verdad, como el portador de tu misericordia? Cuando esta pregunta surge en mi espíritu, tu alegre nueva para mis hermanos casi se me convierte en un peso abrumador para mí, tu mensajero.

Ciertamente sé que me enviaste, yo soy tu mensajero; quizás miserable, pero siempre tu mensajero, enviado por ti y sellado con un sello que no puede perderse. Tu verdad no se falsifica cuando yo la anuncio -yo, hombre pecador, para el cual también vale el "todo hombre es mentira"- . Tu gracia permanece limpia, aun cuando la distribuyan mis manos. Tu evangelio sigue siendo una alegre nueva, aun cuando nadie perciba que el alma de tu mensajero se regocija en Dios su salvador. Tu luz alumbra y convierte nuestra oscuridad y la sombra de muerte de nuestra tierra en el día de tu gracia, a pesar de que esta luz debe buscar su camino a través de los vidrios sucios de

mi pequeña linterna.

Yo sé, Señor, yo sacerdote de tu verdadera Iglesia, que no debo hacer depender de la conciencia de mis valores personales mi conciencia de apóstol, ni la disposición de hacer conocer tu mensaje oportuna o inoportuna. Tu sacerdote llega a los hombres no como un "despertador", no como "amigo de Dios", como "indicador", como "pneumático", o como se llaman todos aquellos que solamente pueden participarles a los hombres aquello tuyo que ellos mismos poseen. Vengo como mensajero enviado por tu Hijo, Nuestro Señor, y eso es al mismo tiempo menos y más, mil veces más que todo lo demás.

Pero, Dios de mi apostolado, si yo pudiera realizar tu mensaje modestamente hasta cumplir tu encargo, y si entonces pudiera vivir mi vida para mí, entonces sin duda tu carga no sería más pesada que la de cualquier otro mensajero y administrador que cumple con su oficio. Pero tu encargo, tu misión misma se ha convertido en mi propia vida; atrae hacia sí inconsideradamente todas las fuerzas de mi vida, quiere vivir de mi vida. Vivo mi vida -mi vida más personal y propia- por la sola razón de que llevo adelante tu mensaje. Soy tu mensajero, y fuera de eso nada. Tu luz, perdóname, arde con el aceite de mi vida. En tu servicio no hay turnos, después de los cuales puede uno ser señor de sí mismo, "hombre privado". Es una honra y una gracia poder servirte con todas las fuerzas. Debo darte las gracias porque hiciste de mi vida servicio tuyo, porque no tengo otra "profesión" que llevar adelante el mensaje de tu salvación. Porque en mi vida la profesión y el amor pueden fundirse totalmente.

Y, sin embargo, esta gracia es la más pesada carga de mi vida. ¡Ojalá pudiera uno en tu servicio dividir oficio y vida! Cuánto más fácil me sería. No como si quisiera servirte solamente durante dos horas al día, no como si yo quisiera o debiera participar a los hombres mis experiencias religiosas, mi penetración o mis ocurrencias. Al contrario: quiero ser tu mensajero. Debo seguir entregando tu verdad y gracia, y nada fuera de eso. Pero precisamente porque tan sólo quiero y debo esto, quisiera algunas veces el poder separar mejor el oficio y la vida.

Pero, ¿puede uno transmitir tu verdad sin haberla comprendido y sin ser aprehendido por ti? ¿Puedo anunciar tu mensaje sin que él mismo me haya tocado el corazón, seguir comunican-

do tu vida sin estar yo mismo vivo? Tus santos signos producen tu gracia por su virtud, pero los hombres ¿se dejan señalar por mí con ellos, si mi rostro no es ya para ellos una señal de tu envío? Tu oficio y mi vida son inseparables.

Pero precisamente ésta es la carga de mi vida. Porque mira: incluso cuando hago conocer tu verdad impoluta, al mismo tiempo predico también mi estrechez, mi mediocridad; me predico a mí, el hombre vulgar. ¿Cómo he de conseguir que los hombres separen esa espantosa mezcolanza tuya y mía, que se llama prédica, recogiendo tu palabra en el corazón, y olvidándome a mí, el predicador? Quiero llevar adelante tu luz. He de alimentarla con el aceite de mi vida, y me coloco, cuando los hombres la quieren ver, delante de ella, de modo que parece no servir de nada, como no sea para alargar y oscurecer más las oscuras sombras de este negro mundo.

Comprendo que al fin de mi vida sacerdotal solamente habré sido tu siervo inútil, el mensajero que mandabas delante para que estuviera en medio del camino a tu venida. Lo que de mí se desprende de gracia es gracia tuya, y lo que sale de mí es nada, un obstáculo, y a lo más un instrumento mediante el cual pruebas a los hombres, para saber si el instinto de su amor hacia ti también te reconoce cuando tú te disfrazas dentro de mí casi hasta la incognoscibilidad.

Dios de mi apostolado, cuando considero esto debo reconocer que no puedo pertenecer al grupo de tus apóstoles animosos de victoria y seguros de sí mismos, sino que siempre me pongo en camino con temor y temblor. No quiero reprochar a estos mis hermanos que son alegres y seguros de sí mismos entre tus servidores, en quienes inmediatamente se ve el convencimiento de que vienen en el nombre del señor de los ejércitos, y que luego se admiran cuando no se les reconoce al instante como embajadores del todopoderoso. Pero yo prefiero que me concedas ser uno de tus servidores humildes, de aquellos que agradecidos de tu don, que es poderoso en la debilidad, se admiran cuando son recibidos por los hombres. Haz que mi corazón, una y otra vez, tiemble de gratitud por el milagro de que los hombres vuelvan a buscarme, y me permitan a mí, pobre pecador, penetrar en el oculto aposento de su corazón, porque todavía son capaces de reconocerte a ti en mí. Así que de buena gana volveré a prepararme para ir a los hombres. Tú me envías-

te. Vaya yo, pues, en tu nombre, no en el mío. Permite que tu fuerza sea victoriosa en mi debilidad, si así te place.

Cuando vaya por el camino de mi vida con tu mensaje, entonces me sucederá como alguna vez a tu profeta: infatuado por Yavé y burlado por los hombres. Seré un hombre que es objeto de irrisión para todo el mundo. Entonces debo hablar -¡y ay de mí si no predico!- de ti, de aquel que debería uno nombrar con el silencio; hablar, sí, con el sentimiento torturante de ser metal que resuena y campana que retiñe. Porque, ¿quién puede saber con seguridad si tiene el amor sin el cual todo lo demás es sonido vano? Entonces en tu palabra y ante las burlas del mundo seguiré dando vueltas en torno al Jericó de las almas, hasta que tú derribes sus murallas, para que ningún hombre pueda jactarse ante ti. Però precisamente así realizaré mi misión. Precisamente así se transformará en una imagen del apostolado de tu Hijo, mi maestro crucificado. Dios de mi apostolado, seas por esto alabado por toda la eternidad.

Concédeme tan sólo la gracia de que yo, que soy la pobre envoltura bajo la cual quieres venir, como Dios escondido, a los hombres, me vea libre del pecado y del egoísmo cotidiano. Aun entonces sigo siendo lo que debo ser: tu disfraz y tu siervo inútil. Però al menos seré cada vez más parecido a tu Hijo, que también tuvo que esconder la luz de su divinidad bajo forma de siervo y que fue reconocido en sus vestidos como hombre. Si llevo así tu peso, el peso de tu apostolado cuando tu misión me oprime, tu dignidad me abate y mi debilidad desaparece en la de tu Hijo, puedo confiar en que el obstáculo que soy para tu venida se volverá, a pesar de todo, una bendición para mis hermanos. Entonces mi imagen de siervo por tí, por ti solo, se hace invisible tanto para mí como para los demás, y se transforma en la figura sacramental bajo cuya humildad tú eres el pan de la vida para mis hermanos. Mi vida se consumirá, semejante a la hostia, para que vivan en tí, y tú eternamente en ellos. Amén.

